

Fuera de temporada - cap VII Seúl

Marcos Mosteiro



Capítulo 1

VII. FUERA DE TEMPORADA

Click – Conmemoré sin medir el corazón aquellos lejanos años infantiles de balnearios en la costa atlántica. Mi ritual maniaco-compulsivo apañado por mamá, por ejemplo, de arrimarme a la playa con zapatillas blancas y medias de seda ante la absoluta imposibilidad de soportar siquiera la arena seca sobre los pies mojados camino a casa. Atalaya estratégica, garrafas pesadas y departamentos pequeños con olor a yodo y humedad carcomidos por la sal y los vientos marítimos, churros con dulce de leche y canela, bolitas de fraile, payasos disfrazados que vendían pirulines a los cantitos y morían de calor, el bronceado mulato de San con sus labios correspondientes destrozados o los triciclos devengados por papá. Las recreos con China y su amigo Rodolfo en una casa-quinta cerca del faro, punta mogotes, mar del plata, y los alfajores-helados que llegaban de contrabando en sus maletas cargadas de papeles y documentos. Deambulábamos de a tres por el Bosque Peralta Ramos en busca de leña, piñas y ramitas caídas de las copas de los robles para prender el fuego sagrado una vez entrada la oscuridad. Era 1994 (creo) y la casualidad hizo que también concordáramos con Jorge y Liliana, primos chispeantes de mamá; hospedados en un hotel sindical barato de cuyo nombre no podré olvidarme nunca más (¡Winnie-Pooh)!, la pareja más desapareja y simpática del mundo visitaba los teatros de revistas a bordo de su Renault 12 semi destartado. Digerida la función, recorríamos los carruseles y pizzerías del centro con la insólita preocupación de ganar la sortija que permitiera abrir las perlas que Evita había enterrado cerca de Miramar.

Y una vez en tren, modo clase turista, semana santa de la casta trabajadora, siete horas pegadas al salón comedor con Cacho, Esther, Chola, Héctor y su nieto Nicolás, con quien éramos muy ñeris en ese entonces y nos encantaba jugar a la pelota. Casa de Lolo, madera noruega apostada junto a la pendiente de Mario Bravo, un terso abierto con panorámica a la vida misma detrás de las cortinas ambarinas, todos amontonados y contentos comiendo pescados o mariscos y hablando sobre Perón y el pretérito oligarca de la ciudad feliz. Saltaban los segundos del carillón entre Sacoa y Malibú, fútbol y primeras señales de una peligrosa tecnología que acabaría devorándonos. En cierta ocasión, cuando nos dirigíamos al puerto durante lo que sería un hermoso e imborrable atardecer daliniano, Tía Chola cayó por unas rocas con verdín y casi se rompe la rodilla. Por la noche, Cacho soñó a su hija Gladys y decidió marchar hacia al bar de la peatonal San Martín para beber ginebra y apostar en el casino todo el dinero ahorrado y vinculado a la Navidad. Regresó al romper el alba, distraído, reluciente, sonriendo junto a unos marineros italianos.

Mucho espacio después, sin embargo, el potasio no se iba a acabar y ya de adolescente, llegarían los primeros viajes solos a San Bernardo en compañía de mis amigos de siempre, los del barrio, el colegio y la universidad. Rutinas que se repetían una y otra vez como los planos secuencia del día de la marmota: emborracharse, fumar maría, circular por Chiozza y Av. San Bernardo, ingresar a algún boliche y con una pizca de suerte o esquivas vaquitas de san Antonio, tal vez, ligarse a alguna chica con piel de erizo, pelo de pocahontas y ojos de papel maché. En una cita que no pudo ser más desconsolada e infecunda, Ale y yo nos aburriríamos con dos paisanas del interior que solo querían jugar a ser incautas, mientras que nosotros, dos testosteronas amebas, ansiábamos coger un poco y tirarnos en la cama. Lo cierto es que la cosa no rebotó y tras el plantazo en la plaza, mataríamos un sapo a las patadas limpias en una especie de acto rebelde- punkie, y luego, alucinados y aterrados notaríamos a Pizarnik caminar entre la gente sin rostro que pescaba alrededor del muelle. Nos reímos mucho y fuimos por un helado Split.

Segunda quincena de Marzo. Sebas chateaba sin parar con quien sería su primera novia y no saldría prácticamente nunca. Sonámbulo, Alberto deambulaba por las calles y compraba panchos en Peter´s cuando el hambre de luna llena lo acechaba por la espalda. Allí aprendí a tocar la guitarra en clave autodidacta gracias a un cancionero del *Andrés Calamaro*. De forma tal que todas las noches antes de cenar salía al balcón del tercer piso con gafas oscuras y practicaba mi enfermedad rodeado de murciélagos.

La metodología para dorarnos era, a todas luces, dramática y kamikaze. La denominábamos "piel de tiburón" y consistía, incierta, en ducharnos en el mar y luego reclinarnos sobre la arena caliente. El astro y el garbo hacían su trabajo silencioso. Por supuesto, los resultados eran desastrosos: colores rojizos y tez despellejada. Aloe Vera, rayito de sol, galletas de chocolate y cazonas, resolanas sin soñar, superclásicos amistosos y la muerte de Juan Castro. Comenzaba la facultad, una nueva vida.

El agua corrió por debajo del puente y los tiempos cambiaron finalmente.. Ya con hijos de por medio, novias convencionales y trabajos que cumplir, las vacaciones estivales fueron reemplazadas por esporádicas escapadas a la costa fuera de temporada. Fines de semana, feriados puente y sucesos por el estilo. Debo reconocer que ello comenzó a gustarme más. Ciudades deshabitadas, frío letal y melancolía azul transparente, libros de Mujica Lainez, mates, café, elevadas dosis de hidratos de carbono contenida, poca comida y mucha movilidad. Recuerdo entonces ahora, un implacable anochecer desde la sílice en el que contemplábamos las estrellas de Mar de Ajó e intentábamos atrapar nuestro destino cual reproducción. De pronto, y sin golpear la puerta, surgieron los fantasmas de Charles Dickens y un pensamiento desesperado y espiritual asaltó mi cabeza: *¿Quién de nosotros partirá primero?* Ojala sea yo, pensé, porque no

podría sobrellevarlo si fuera de otro modo. Imaginé a Christa Päffgen silbándome *Sunday Morning* al oído con un manojo de Papaver rhoeas frescas en una bahía desierta y despavorida. Tío Charly solía decir que yo tenía orejas de repollo porque se ponían coloradas en invierno. Hoy creo que siempre estuvo en lo correcto: un niño-vegetal frágil, hecho de muchas capas delgadas y complejidad resquebrajada. Ya no percibo la música que nos unía... *¿No es cierto que se empieza la savia como un dulce niño que cree en todo lo que pasa bajo el techo de su padre? ¿Qué se siente cuando uno se aleja de la gente que quiere y ésta retrocede en el llano hasta convertirse en motitas que se desvanecen?*

(Out)